



Afecciones respiratorias agudas y crónicas, enfermedades reumáticas y gastrointestinales, afecciones cutáneas; según un informe médico, los chabolistas padecen ciertas enfermedades en porcentajes mucho más altos que la mayoría de la población española.

Estas cifras, sin embargo, no logran aún reflejar algunas realidades. En una chabola de dos pequeñas piezas vive, por ejemplo, un matrimonio con diez hijos. Varios de ellos duermen sobre unas tablas suspendidas cerca del techo, a las que suben por una mesa, y la puerta de un armario. Hace dos meses, uno de los hijos, de dos años de edad, se partió una pierna en uno de estos arriesgados ejercicios. El techo de la casa está hundido y amenaza ruina, pero no pueden arreglarlo so pena de verse expulsados por el casero.

En otra «vivienda», una mujer y su hijo, de veinticuatro años de edad, duermen en la única y reducida pieza de que disponen.

Estos casos no son una excepción, porque, como dice el informe de los arquitectos, «no es necesario recalcar los problemas higiénicos, psicológicos y morales que semejante hacinamiento produce. Es cosa frecuente que en una misma habitación tengan que dormir los padres con dos o más hijos mayores de distintos sexos. Y se puede considerar, pues, que el umbral de privacidad es bajísimo, casi inexistente».

Y se dan otro tipo de problemas

eventuales no menos graves: por ejemplo, el que sufrió durante dos meses del pasado verano un grupo de chabolas que no disponen de agua corriente, al cortarse la única fuente de la calle.

Parece innecesario insistir en la amargura de una población de más de cinco mil personas encadenada irremediablemente a estas condiciones de vida, enfrentada continuamente al contraste de las «casas altas» y desilusionada de las promesas oficiales.

Y resulta paradójico que, viviendo una realidad fruto de la irracionalidad y de la especulación, la población de ese barrio de chabolas tenga que pensar que su desgracia estriba, precisamente, en vivir en gran parte sobre terreno no edificable, que va a ser expropiado algún día para calles y autopistas, y que mejor les hubiera ido si los especuladores del suelo hubieran podido meter mano en el asunto.

Pero, en definitiva, se trata de una muestra del fracaso del Plan de Erradicación del Chabolismo de 1973, que ha visto sus metas aplazadas hasta el infinito y desmentidas por los incrementos del chabolismo en todo el territorio nacional. ■

